

¿Qué debió pasar en el alma de aquel emperador de veintidos años cuando desde las alturas de Paterno fijó su apagada vista en la ciudad eterna, en la dorada Roma que había pensado convertir en cabeza del mundo, desde la cual había confiado gobernar como romano el imperio universal y cuyas leyes había esperado imponer á toda la tierra? ¿Cómo debió ofrecerse á su mente, al acercarse la muerte, el conjunto de toda su vida, al contemplar la diferencia que había entre la situación en que moría y los planes que había acariciado; al observar que se perdía la Baja Italia, que Roma pagaba con la rebelión su afecto hácia ella, que la Alta Italia se apresaba á sublevarse; al pensar que el país donde había nacido su gloriosa familia, y que se había mostrado dispuesto á sacrificarse por su mismo padre, se apartaba de él como de un hijo desleal, adicto al adversario; al ver que la Iglesia alemana le negaba su obediencia por considerarle enemigo de sus derechos, y que los príncipes alemanes pensaban seriamente en reemplazar en el trono por un alemán al último vástago de la familia de los Otones, completamente extraño á la Alemania? El fin del joven emperador, trágico y conmovedor en alto grado, fué al propio tiempo una severa censura de sus esfuerzos, de sus planes y de los medios empleados para conseguirlos. El gobierno de Oton III continuó, aumentándolas, las faltas que habían hecho fracasar los de Arnulfo y Conrado: la afición á las tendencias universales, la alianza para hacerlas triunfar contraída con el partido eclesiástico mas exaltado y fanático, hubieron de comprarse á costa del abandono de los intereses nacionales mas importantes, y sumieron á Alemania y á la monarquía sajona en una crisis de la que no podía salirse sin experimentar sensibler pérdidas.

CAPITULO V

FIN DEL IMPERIO SAJON

(1002-1024)

En el restaurado imperio romano había tenido su expresión el lazo de unión que existía entre los pueblos cristianos de Occidente respecto de la Iglesia y del desenvolvimiento de la cultura. Aquella institución era ideal por naturaleza y solo fué reconocida mientras no se hizo de ella un título de derecho para ejercer una autoridad eficaz, mientras la subordinación de los pueblos germanos y romanos del imperio, unidos bajo la soberanía del que ceñía la corona romana, no fué convertida en verdadero vasallaje. Ya el hijo de Oton I había luchado posteriormente para crearse una soberanía efectiva; el nieto había sacado de la idea del imperio las últimas consecuencias prácticas y había querido luchar para que tuvieran su realización en un imperio universal laico-eclesiástico que, traspasando los límites de la existencia nacional, venía á tener su alta expresión en el emperador-pontífice. Tan exageradas pretensiones habían dado origen á una resistencia general; al fantástico imperio universal con que soñaba Oton III, oponían los pueblos, perjudicados en sus mas caros intereses, su derecho especial, su existencia propia basada en la historia. La resistencia que se hacia á la soberanía imperial que á los absolutistas preceptos de Justiniano queria agregar las desmedidas pretensiones del pontificado, era tanto mayor cuanto mas claro se veía el objeto final de Oton III, envuelto en el velo de formas fantásticas.

En Italia, al tenerse noticia de la muerte del emperador, estalló abiertamente la rebelión durante tanto tiempo contenida. Los fieles alemanes que habían permanecido en Paterno al lado del joven Oton, tuvieron que abrirse espada en mano el camino del Norte para poder enterrar en tierra alemana el cadáver del último de los Otones. Detrás de ellos,

las olas de la rebelión triunfante se precipitaron sobre las últimas creaciones del imperio sajón, destruyéndolas por completo. En Roma se restableció la tiranía de Crescencio, que volvió á reducir al pontificado á la mas absoluta dependencia, de tal suerte que despues de Silvestre II, que sobrevivió poco mas de un año á Oton y al derrumbamiento de su imperio-pontificado, en el cual tanta participación había tenido (falleció en 3 de mayo de 1003), la Sede de San Pedro volvió á ser ciego instrumento del tirano. El pontificado se vió nuevamente reducido á la condicion de simple episcopado, de manera que Gregorio V y Silvestre II, á los ojos de los que les sobrevivieron, aparecen envueltos en una aureola de grandeza sobrenatural, y el último, coloso que había dominado todas las ciencias de su tiempo, fué considerado como conoedor de artes secretas, como poseedor de fuerzas sobrenaturales, en una palabra, como verdadero mago. La monarquía alemana perdió, á un tiempo, la dirección de la Iglesia y la soberanía de Italia y los sucesos que se desarrollaron en Alemania hicieron imposible el evitarlo. El episcopado alemán, dirigido por Willegis de Maguncia, estaba en abierta oposición á la monarquía y seguía resuelto á rechazar la soberanía anti-alemana de un emperador-pontífice fantástico y fanático. Sentíase además perjudicado por haber cesado su misión en el Este, lo cual era consecuencia en parte de las tendencias á que se había inclinado el gobierno, excitado por Bernwardo de Hildesheim, Gregorio V, Silvestre II y otros consejeros espirituales del emperador, y en parte de la independencia que Oton III, conforme á aquellas tendencias, había asegurado al Oriente eslavico con la creación del arzobispado de Gnesen, á la cual siguió muy pronto igual innovación en Hungría. Las victorias por Enrique y Oton I conseguidas sobre los húngaros y los wendos habían dado una importante situación europea á la raza sajona, y en el hecho de renunciar á ellas, esta situación cambiaba de un modo esencial. La monarquía sajona había dejado de ser el centro y la expresión de la comunidad de vida de las tribus germánicas, las cuales se manifestaron primero indiferentes y luego hostiles al imperio universal de Oton III y á sus nombres y formas bizantinas y romanas, que tanto atentaban á su bienestar y á sus derechos, hasta entonces tan cuidadosamente conservados. Esto sucedió principalmente en Sajonia, donde solo á la fuerza habían sido admitidas las innovaciones de Oton I y donde se consideraban las del nieto funestos errores cuya reproducción era preciso evitar á toda costa. Las comarcas del Rhin adoptaron también la misma actitud: el floreciente sistema municipal, que era el sello característico de su cultura, había echado hondas raíces en los obispados rhinianos, los cuales se emanciparon de la monarquía y se presentaron como poder independiente entre esta y los príncipes laicos, sobre quienes tenían preeminencia por la unidad de intereses y por la fuerza de una tradición sólidamente asentada é independiente del cambio de personas.

Todos estos intereses y esfuerzos particulares se levantaron á la muerte de Oton con tanta mayor energía y confianza cuanto mayores eran las esperanzas de éxito que la vacante del trono les ofrecía. Desde la muerte de Luis el Niño no se había ofrecido una situación como la que entonces se presentaba, pues á la misma muerte de Conrado I,—en que la sucesión al trono no estaba marcada de un modo tan solemne como en las de Enrique I, Oton I y Oton II,—los sucesos mismos y las exigencias que de ellos se originaban trazaban un camino expedito para buscar la solución de la forma de sucesión en el trono y designar la personalidad determinada que debía ocupar. Además, los intereses comunes á las tribus eran de tal peso, que estas llegaron á entenderse. Pero en la época de la muerte de Oton III faltaba todo esto: el derecho elec-

toral se ejercitaba en circunstancias que dejaban expedito el camino á las fuerzas mas antagónicas, y solo á reducidos círculos impulsaban á una acción común. Con caracteres muy especiales se presentaron la candidatura del conde Eckardo de Misnia y la manera desconsiderada y hasta amenazadora con que se trataba de hacerla triunfar. Estos suce-

sos demostraban cuánto se sentían en Sajonia los perjuicios que los últimos cinco años especialmente habían ocasionado á los intereses de la raza sajona y cuán decidido estaba el país á cuidar por sí mismo de Italia y de otros territorios lejanos, sin consideración alguna al imperio ni al pontificado, y á asegurar sus derechos para lo porvenir. Eckardo de Misnia



Estatuas del emperador Enrique II y de su esposa Cunegunda (en la catedral de Bamberg).

era el principal representante de la política sajona propiamente dicha, cuyo objetivo eran la lucha contra los wendos y la sumisión de los vecinos reinos eslavos. Este temido vencedor de los wendos, yerno de Hermann Billing, emparentado con Boleslao, duque de Polonia, vencedor de Bohemia, en la cual había conseguido hacer prevalecer la supremacía alemana, celebrado por los suyos como gloria del imperio, parecía ser el hombre que verdaderamente necesitaba Alemania y sobre todo Sajonia. Su pasado era garantía de una política genuina-

mente sajona con tendencias hácia el Oriente. Pero los intereses sajones no eran los que servían de norma á todo el imperio, y por eso no faltó quien presentara la candidatura de Hermann de Suabia. También hubo algunos que pensaron en Enrique de Baviera, el cual, á la muerte de Oton III, se había presentado, aunque sin éxito, pretendiendo la sucesión al trono. Al pacífico y devoto hijo del disputador, que siempre había permanecido fiel á Oton, le recomendaba su próximo parentesco con la dinastía imperial que acababa de ex-

tinguirse, de suerte que ya en vida de Oton se le había señalado como su sucesor. El episcopado se inclinaba á él, trabajando mucho en su favor Willegis de Maguncia y Burkhardo de Worms. En estas circunstancias el marqués Eckardo, que se dirigía hácia el Sur para ponerse de acuerdo con el duque de Suabia, fué asesinado por venganza particular, á fines de abril del año 1002, en el convento de Pohlde, y entonces se aumentó la esperanza del duque de Baviera, cuya causa abrazó con entusiasmo en Sajonia Lotario, marqués de la marca oriental. En el Occidente, la Lorena se declaró también por Enrique, con lo cual quedó decidido el triunfo de este. En efecto, á principios de junio del año 1002, fué elegido rey por sus bávaros, por los francos y los loreneses, siendo ungido y coronado en Maguncia. Los sajones le juraron fidelidad en julio, después que les hubo confirmado su antiguo derecho sajón. De este modo fué pacíficamente resuelta aquella grave crisis; pero la monarquía que de ella resultó, tomó bajo su influjo un carácter completamente distinto del que había tenido la de los Otones.

Enrique II (1) había sido elegido rey y solo después de esta elección había logrado verse reconocido por la Sajonia y la Suabia. Su poder quedó así encerrado, desde un principio, dentro de ciertos límites: el reinado de Enrique difería notablemente del de los Otones, los cuales se habían presentado desde luego disponiendo libremente del imperio y de la Iglesia. La situación de Enrique tenía su única garantía en la buena voluntad de los príncipes, que procuraba con gran cuidado conservar, y de aquí su prudencia, su moderación cuando tenía que luchar con la falta de celo, sus retiradas cuando se encontraba con resistencias, su empeño en evitar todo conflicto, y su afán por conceder á los príncipes laicos una influencia que nunca habían tenido y que fué causa de una modificación esencial en la forma de gobierno del imperio, que sufrió una limitación constitucional. Los Otones habían fundado un régimen personal y solo tomaban consejo de un reducido círculo de hombres de su confianza, en el cual los príncipes laicos desempeñaban un papel muy secundario. Enrique II, por el contrario, celebraba dietas, donde se discutían y resolvían, en unión con los príncipes laicos, las cuestiones más importantes. La monarquía y los príncipes procedían unidos como factores coordinados. Tal monarquía, que en vez de dominar absolutamente dependía de la buena voluntad de los príncipes, y que solo á fuerza de compromisos lograba ganar terreno, carecía de la fuerza militar necesaria para asegurar las amenazadas fronteras y recuperar lo perdido. De aquí las dificultades con que tuvo que luchar el gobierno de Enrique y la escasa importancia de los triunfos conseguidos. Pero Enrique no por esto se desanimó: su perseverancia, su inagotable paciencia, su afecto al pueblo y al imperio suplieron lo que en recursos le faltaba. No era el soberano débil que una historia escrita por un monje ofrece á los ojos de la posteridad, y el dictado de pio no significaba en él lo mismo que en Ludovico Pio, pues Enrique ni fué siervo de la Iglesia ni servidor del clero, antes al contrario, fué para una y otro un soberano severo y á menudo molesto porque hizo prevalecer los puntos de vista puramente seculares. Supo conservar con energía el derecho de nombrar obispos, no solo para proveer estos elevados cargos en personas dignísimas, sino también para tener en sus manos los recursos que la Iglesia alemana ofrecía y poder en todo tiempo disponer libremente de ellos. Asimismo dispuso á su talento de las ricas abadías reales, de suerte que estas se consideraron bienes del imperio

(1) *Anuario del imperio alemán en tiempo de Enrique II*, de S. Hirsch, publicado por Finger, Pabst y Bresslau. Tres tomos, Berlín y Leipzig, 1861-74.

rio y sus abades fueron tenidos por administradores imperiales. La Iglesia alemana solo de mala gana se sometió á este régimen y sintió la diferencia que existía entre la brillante situación á que había llegado y la corriente reformadora que partía de Clugny y con la cual simpatizaba en extremo Enrique II, porque se avenía perfectamente con las severas ideas que respecto de la Iglesia profesaba. Los cluniacenses contaban con muy pocos partidarios entre el episcopado alemán, por la sencilla razón de que tomaban á mal que los obispos intervinieran en asuntos terrenales, cosa que era inseparable de la posesión y del poder laicos de que disfrutaban. Esto hace creer que el cálculo político pudo haber contribuido á que Enrique II prestara su apoyo en el imperio á los cluniacenses y procurara, con ayuda del abate Ricardo de Vannes, que ejercieran influencia en Lorena. Indudablemente Enrique II ejerció, desde un principio, mayor autoridad sobre la Iglesia que sobre los príncipes laicos. El emperador consintió en que los feudos fueran hereditarios, con lo cual el feudalismo adquirió mayor independencia respecto de la monarquía, pues los duques dejaron de ser funcionarios destituibles para convertirse en señores hereditarios y representantes de derechos é intereses de raza especiales, que quisieron ser reconocidos y atendidos cuando los recursos de las razas fueron puestos á la disposición de los reyes y de su política.

De esta suerte, Enrique II, durante su trabajoso y difícil gobierno, que no se señaló por ninguna victoria importante y que por lo tanto no satisfizo á nadie, tuvo que luchar en el interior y en el exterior en circunstancias desfavorables, sin desanimarse por los fracasos sufridos, renunciando prudentemente á lo que no podía conseguir y contentándose con modestos triunfos. Con esto remedió en parte los perjuicios que había causado su exaltado y fantástico antecesor, pues si bien no pudo destruir la evolución que en el seno del imperio se había realizado, logró reunir de nuevo las fuerzas de este y hacer que sus derechos y honores fuesen reconocidos en el exterior. Enrique contuvo la ruina que amenazaba acabar con todas las victorias conseguidas por los sajones durante la Edad media y salvó los fundamentos del imperio y con ellos su porvenir.

Difícil en extremo era la situación del imperio respecto de sus vecinos orientales. En Polonia desarrollábase entonces las funestas consecuencias de la política de Oton III, inspirada en el fanatismo religioso. En el arzobispado de Gnesen encontró Polonia un centro á cuyo alrededor gravitaron muy pronto los demás pueblos cristianos de la raza eslava. La inquieta ambición de Boleslao III soñaba con la creación de un reino eslavo independiente de Alemania y por él gobernado. Para realizar este plan dióse el primer paso en 1003 con la conquista de la Bohemia, destruida por luchas intestinas; el segundo debía ser la conquista de las comarcas eslavas dependientes de Alemania, pues quería que el Elba fuese la frontera eslavo-alemana. Pronto penetró Boleslao vencedor en territorios alemanes. La lucha contra la gran potencia eslava que se levantaba en Oriente, lucha accidentada y por corto tiempo interrumpida por inseguros armisticios y engañosos tratados de paz, tuvo entretenido á Enrique II por espacio de quince años. De nuevo se vió en aquella ocasión que algunos príncipes alemanes, rebelándose contra su rey, hicieron causa común con los enemigos de su patria é imposibilitaron con su rebelión al emperador la conservación del territorio alemán. Esto demostraba el giro funesto que los asuntos alemanes habían tomado, en virtud del cual, á medida que la monarquía iba en decadencia, se aumentaba la confianza de los príncipes. Mientras Enrique se dirigía contra Boleslao, le-

vantóse contra él en armas Enrique de Schweinfurt y esto se repitió con lamentable frecuencia. También se sublevaron contra Enrique individuos de su propia familia: sus ambiciosos cuñados, los hermanos de su devota esposa Cune-gunda, Enrique, nombrado por el emperador duque de Baviera, y Dietrich, obispo de Metz, le pusieron con su ambición en grave aprieto. Las intrigas del último influyeron en los desórdenes que estallaron en Lorena y que Enrique solo logró dominar después de haberse aliado con el rey Roberto de Francia y después de haber sostenido una campaña contra el levantisco conde Balduino de Flandes (1007). El duque de Baviera pagó su deslealtad con su destitución, pero el obispo de Metz siguió siendo en Lorena un peligro constante para el emperador, que ya tenía bastantes apuros en todas partes. En Sajonia retoñó el antiguo afán de defenderse por sí solos; y los sajones, manteniéndose en un estado de provocación continua, se burlaron de la autoridad del rey. Enrique no tenía fuerzas bastantes para restablecer el orden, y por lo mismo tomando el papel de mediador procuró, por medio de tratados de paz que los magnates juraron, conseguir tranquilidad por algún tiempo, hecho que demuestra palpablemente cuánto había perdido la influencia de la monarquía. Enrique no podía tampoco fiarse del episcopado alemán, que estaba disgustado por la creación del obispado de Bamberg, para el cual el emperador había conseguido, en 1007, de Roma determinados privilegios. Este obispado permaneció en una situación excepcional: en asuntos religiosos dependía de su metropolitano, el arzobispo de Maguncia; pero supo mantener su independencia de todo poder laico alegando ser derecho de propiedad de la Iglesia romana (1). De este modo Bamberg se elevó por encima de todos los obispos del imperio y posteriormente siguió en categoría inmediatamente á los arzobispos. La magnífica dotación que Enrique II, que había pasado su juventud en la hermosa comarca de Bamberg, otorgó á su fundación predilecta, y el cuidado que puso en que llegara á ser rápidamente un importante centro de vida espiritual, atrajeron sobre aquella diócesis mucha envidia. Enrique pensaba ser enterrado en aquella suntuosa catedral por él comenzada, junto con su esposa, que, como en todas las obras piadosas, estuvo á su lado para ayudarle á cuidar de la fundación de Bamberg.

Las dificultades que esta creación engendró al gobierno de Enrique explican suficientemente lo incompletas y poco duraderas que fueron sus victorias conseguidas sobre el príncipe de Polonia, y justifican al propio tiempo las medidas extraordinarias que hubo de adoptar el emperador para luchar con tan terrible enemigo. Los contemporáneos, acostumbrados á juzgar únicamente bajo puntos de vista religiosos é inaccesibles á las consideraciones puramente políticas, formularon un juicio muy falso acerca de aquellas medidas. Enrique no solo procuró lanzar contra Boleslao al rey Esteban de Hungría y á los bohemios, enemigos de la soberanía polaca, sino que también para ir contra él se alió con los paganos lintizios, que en otro tiempo habían sido tan enérgicamente combatidos por los alemanes. Con estas medidas, que tan extraordinario carácter revestían, poca cosa consiguió Enrique, pues Boleslao conservó á Bautzen con la Misnia, cuya posesión le fué respetada en la paz de 1008, á cambio del reconocimiento de la soberanía alemana, que era completamente imaginaria. El estado de agitación en que de continuo se encontraba Sajonia; la rebelión que públicamente se había enseñoreado de una parte de Lorena; la oposición de los príncipes laicos y el descontento de los eclesiásticos, obli-

(1) Ficker: *La clase de príncipes del imperio*, I, pág. 278.

garon á Enrique á comprar con tales concesiones la tranquilidad exterior. También para él, el mejorar su posición dependía principalmente del giro que tomaran las cosas de Italia y de sus relaciones con el obispado romano, cuya decadencia era un obstáculo al desenvolvimiento de la Iglesia alemana y perjudicaba por tanto á la monarquía.

En la Alta Italia, á la muerte de Oton III, había seguido una poderosa reacción nacional, ante la cual, después de corta resistencia, sucumbieron los partidarios de la monarquía de los Otones. En febrero del año 1002, había ya sido elegido y coronado rey de Italia el ambicioso marqués Arduino de Ivrea, el cual, en un principio, procuró captarse el favor de los obispos, de suerte que estos creyeron que podrían conservar y aun mejorar la privilegiada situación que habían adquirido en tiempo de los Otones. Pronto, sin embargo, se mostró abiertamente hostil á la Iglesia, á sus bienes y á sus derechos. Esto animó al partido alemán á intentar un nuevo levantamiento, para el cual impetró el auxilio de Enrique, que entretanto había sido elevado al trono. A principios del año 1003, presentóse allí un ejército alemán mandado por el duque Oton de Carintia, el cual, descendiendo por el valle del Brenta, fué derrotado en el desfiladero de Valsugna por Arduino, que acudió presuroso desde Verona, viéndose los alemanes obligados á emprender precipitada fuga. Enrique II comprendía perfectamente la importancia que para su situación tenía la Alta Italia; pero la guerra contra el rey de Polonia, á quien era preciso arrebatarse la Bohemia y de cuyos ataques era necesario librar á la marca oriental, y la rebelión del marqués Enrique de Schweinfurt le retuvieron al otro lado de los Alpes. Apenas conjurados ambos peligros, y en vista de las apremiantes demandas de auxilio que recibía, apresuróse en la primavera del año 1004 á dirigirse, después de pasar el Brenner, hácia el Sur. Arduino seguía ocupando los desfiladeros del valle del Etsch, mas arriba de Verona, pero Enrique, auxiliado por las tropas ligeras carintias, que conocían perfectamente la montaña, logró burlar su vigilancia y encontrar un camino que le condujo al valle del Brenta. Arduino, á cuyas espaldas se encontraba entonces Enrique, abandonó precipitadamente sus posiciones, y entonces el grueso del ejército alemán pudo seguir á su rey por el camino del Etsch, que se encontraba ya expedito. Los partidarios de la dominación alemana se apresuraron á juntarse con Enrique, á quien se unieron especialmente los obispos y en primer término los de Rávena y Milan. Los que seguían á Arduino, al ver que la suerte les era adversa, volviéronle la espalda y se dieron prisa á captarse el favor de Enrique, el cual el día 14 de mayo fué elegido y coronado rey en Pavia. Este era un hecho de gran importancia: Oton I y Oton II habían ceñido la corona italiana sin haber sido elegidos ni coronados; la elección de Oton III, en la dieta de Verona, había sido hecha por los magnates alemanes é italianos unidos, para representar solemnemente la unidad del imperio al Sur y al Norte de los Alpes, y para trazar la línea que debía seguir el desenvolvimiento de la monarquía en virtud de los grandes planes concebidos por Oton II. Todo esto se había hecho ya insostenible, y en la elección y coronación de Enrique II las relaciones entre Alemania é Italia tomaron el carácter de unión personal. Los príncipes laicos y eclesiásticos adquirieron con esto mayor importancia enfrente de la corona; y al derecho hereditario que tácitamente se había observado desde Oton I sucedió el derecho electoral. El restablecimiento de la soberanía alemana no fué bien recibido por las masas; y en estas circunstancias una insignificante disputa entre varios ciudadanos y algunos soldados alemanes se convirtió en un levantamiento de la población de Pavia, la cual indignada atacó